

DEL AMOR DE LOS ENEMIGOS.

Primer Viérnes de Cuaresma, año de 1691.

Diliges proximum tuum, et odio habebis inimicum tuum: Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros. Matth. cap. 5.

Si el amar es tan fácil como querer, ¿qué es ya lo que en este día me queda que persuadir? Todos confiesan desde luego por tan cierto como experimentado, que esto de amar no es mas que querer. Y si es esta verdad tan cantada, ¿qué tengo yo que atender dificultades que ponderan en su agravio para amar los ofendidos, embarazos que representan para amar en su honra los duelistas, é imposibles que, segun leyes inicuas del mundo, alegan los estadistas por el maldito duelo? Pues embarazos que con solo querer se allanan, no son embarazos; dificultades que con solo puerer se vencen, no son dificultades; imposibles que con solo querer se facilitan, no son imposibles: alto, pues; si todos cantan que esto de amar no es mas de querer, amad á vuestros enemigos: *Diligite inimicos vestros*: Jesucristo es quien así lo manda. ¿Qué tengo yo que gastar tiempo en traer ejemplos, alegar autoridades, discurrir razones, ponderar argu-

mentos? Que quién á su mismo Dios no oye, ¿qué le moverá? En amarlos nos vá la salvacion, la riqueza inmenza, la quietud perdurable, la honra eterna; ¿pues qué tengo que gastar tiempo en proponerle al agraviado la quietud de esta vida, el provecho y la honra del mundo, si perdona? Pues aunque le concediera que el perdon fuera acá la mayor desventura, infamia y deshonra, padecer todo eso aún fuera nada, por conseguir en el cielo la que es honra eterna. *Solus honor*, dijo de aquella el Grande Agustino, *qui nulli negatur nigno, nulli deferetur indigno*. Y en fin, ¿qué tengo que adelgazar discursos para mostrarle á la voluntad lo fácil, lo hacedero y lo suave que es cumplir este precepto, si todos me confiesan ya que esto de amar es tan fácil como querer?—Así es, me dirá alguno picado de Filósofo; pero eso se entiende en amar un objeto agradable, donde se reconoce conveniencia, donde se halla gusto.—Admito la respuesta; pero véamos qué se le responde á esta instancia: Y si la fé, si la Verdad eterna, si el mismo Dios nos asegura en el amar al enemigo, el mayor gusto en la quietud de la conciencia, el mayor provecho en el bien del alma, y el deleite mas inmenso de la gloria: luego tambien el amar al enemigo será tan fácil como querer. Ea, que no tiene excusa nuestro amor, si no queremos negarnos á la fé; y quien á la fé no atiende, no me oiga, que para oyentes católicos esto basta. Querer mal y querer bien, todo es querer; y si querer el objeto agradable es amor de la hermosura, querer al enemigo es amor hermoso. El uno busca la hermosura; el otro en sí mismo la tiene; y lo que vá de busrar á tener, eso vá del amor de la hermosura, que tiene por madre á la naturaleza, al amor hermoso que, amando al

enemigo, tiene por madre á María y goza en sí mismo la mejor hermosura de la gracia. AVE MARÍA,

Diliges proximum tuum, &c. Matth. ubi supra.

Como es este sermón de enemigos, se ha reducido á un campal desafío, en que todo es batallar con argumentos, discursos y razones; mas yo confieso desde luego, que no me hallo hoy con valor para salir así desafiado á la campaña, pues no pienso tan á campo abierto tirar puntas, que hallando broqueles de excusas y tretas de sinrazones, después de muy fatigados, no háyamos de volver otra vez á la Ciudad, tan enemigos como antes. Mas á lo casero pienso batallar hoy; y por eso, dejando las razones de estado y los duelos á los que, reventando muy de honrados, con un punto solo revientan y bajan al infierno en un punto: *Et in puncto ad inferna descendunt, (Job. cap. 21. v. 13.)* Dejando los desafíos, las armas y las carabinas, á esos valentonazos que venden vidas, y que con esas armas bajarán al infierno á proseguir contra sí mismos la batalla, *Descendent in infernum cum armis suis. (Ezech. c. 32. v. 27.)* me pienso entrar á buscar dentro de las casas, y aun dentro de las recámaras, los enemigos que quizá por ruines se esconden.

Ya, pues, lo que otras veces se supone desde luego, como ya sabido, eso es lo que hoy ha menester mi ignorancia averiguarlo: Amad á vuestros enemigos. ¿Y quiénes son, pregunto yo, estos enemigos á quienes debemos amar?—¿Qué ociosa pregunta!—No, no me la culpen tan presto, antes que muestre mi razón y confiese nuestra expe-

riencia, que no tiene nada de antojadiza. Supónese en el Evangelio (y son aún los mas perversos judíos los que lo suponen) que amamos á nuestros prójimos, *diliges proximum tuum*. Y si yo, según andan nuestras costumbres, no puedo distinguir por las acciones cuáles son estos prójimos que ya se aman: ¿cómo podré conocer cuáles son los enemigos que se han de amar? Si por las acciones, si por las obras, si por los efectos, nadie acertará á distinguir en México quiénes se miran como prójimos, ¿cómo en tal confusión habrá quien determine cuáles se miran como enemigos? Y si lo que ya se supone está dudoso, ¿cómo sabremos lo que se manda?

El caso es, oyentes míos, que piensan muchos, ó por lo menos, obran, proceden y viven como si así lo pensarán, que estos enemigos á quienes debemos amar solo se entiende de aquellos que cargados de armas andan desafiando para matarse. Piensan que las venganzas que aquí se nos prohíben, solo son aquellas que tirando al último destroz, intentan derramar la sangre del corazón y la vida. Piensan las mugeres que esto de enemistades, prohibidas en el Evangelio, solo habla con los hombres que todo lo remiten á la espada. Piensan los parientes y hermanos, que esto de odios detestables á Dios, solo se les prohíbe para con los extraños. Piensan los que se comunican en una cosa y en un oficio, que esto de rencores solo los destierra Jesucristo de entre los que ni se ven, ni se comunican, ni se hablan. Piensan los que se llaman amigos, que estas malas voluntades solo las reprueba Dios entre los ya declarados enemigos. Y en fin, piensan los unos que solo hay enemistades donde han intervenido manifiestos agra-

vios. Y finalmente, piensan los otros que solo hay odios donde con la extreñeza, el retiro y el ceño, se ha negado el habla, la comunicacion y la cortesía. Pues valgan verdades y quitemos solapas. Hay gravísimos rencores entre vosotros, sin desafíos, sin armas, sin pistolas, sin que se derrame la sangre y sin que se quite la vida. Hay funestísimos odios dentro de una misma casa, de una misma familia, de un ejercicio mismo, entre los que se hablan, se comunican y se saludan. Hay enemistades mas crueles dentro de las mismas que se llaman amistades. Y en fin, hay quien aborrece al que nunca lo agravió: hay quien le dispone la ruina al que le está mostrando la risa; y hay quien le trace la deshonra á aquel á quien le está haciendo el obsequio. ¡Oh, Dios, cuáles estamos!

Ya, pues, lo que en el Evangelio se supone, eso es lo que yo quisiera persuadir. Se supone que amamos al prójimo; ¿pero qué entienden aquellos por prójimos? Ya se ve que no era la general proximidad en que todos descendemos de Adán, que así no hicieran ellos distincion. Llamaban prójimos, dice Alberto Magno, á los parientes, á los que son de un ejercicio, vivienda, oficio, y á los amigos: *Proximitas hæc est conjunctio originis, vel convictus, vel beneficii, vel redilectionis.* Pues si los que los mas perversos judíos llamaban prójimos, esos estamos viendo entre los católicos que son los mas perversos enemigos, segun andan nuestras costumbres, lo mismo pienso que es decir: *Diligens proximum tuum*, amarás á tu próximo, que es decir: *Diligite inimicos vestros*, amad á vuestros enemigos.

Confuso me hallaba aquí, sin saber por dónde entrar á tan espesa selva de malezas tan veneno-

sas, cuando me roba la atencion una miserable muger, que haciéndose camino por entre porteros y guardas, entra enviando por delante sus sollozos á los estrados de David, y despues que postrada desahogó el corazon en gemidos envueltos en lágrimas, ¡Oh, Rey piadoso, le dice, halle acogida en tu clemencia una muger, que por viuda, desamparada y sola, le quieren atropellar su justicia.—Dí, muger, sosiega.—Y dice ella: Tenia yo, Señor, dos hijos; ¡ó nunca los tuviese para no ver ahora divido mi corazon en dos mitades! Ellos entre sí se desafiaron al campo, y el uno de ellos (¡qué desgracia!) quitó al otro la vida, (¡qué dolor!) y sobre tanto, ahora sus parientes y míos, aunados todos me quieren tambien á mí quitar la vida, dándole al que queda la muerte: *Et ecce consurgens universa cognatio dicit: Trade eum qui percussit ut occidamus eum, et deleamus hæredem.*—¿Qué dices muger? le dice David, el dolor te tiene perturbada; ¿pues quién te habia de creer que tus parientes hicieran tal? Si dijeras que los Ministros de Justicia, aun habia mucho que dudar; mas los parientes, que habian de aliviar tu dolor, que son parte en tu sentimiento, ¿lo habían de aumentar así? ¿Qué remedian del daño? ¿qué templan del dolor? Si ya murió el uno, ¿qué han de hacer con matar el otro? ¿Qué? Ya lo previno esa muger bien discreta: era heredero el que quedaba: *Et deleamus hæredem.* ¿Eso hay? ¿herencia que partir? Pues ya creo desde luego que los parientes serán los muy primeros en matar: *Probabile fecit commentum suum Thetvana mulier* (dijo N. V. Gaspar Sanchez) *cum sapiens inducit et deleamus hæredem, quasi diceret, ut tollamus impedimentum, quod nobis ad paterna bona aditum occludit.* ¡Ah, inte-

res vil! ¡ah, infame interes, que así atropella los fueros de la naturaleza, las obligaciones de la sangre, los límites de la razon y las leyes santas de Dios! Estamos viendo que se pasan años enteros sin que ésta visite á aquella otra Señora, que ni en la calle ni aun en la Iglesia se saludan.—¿No son parientes?—Y aun hermanas son:—Hermanas ¿y de esta suerte?—Pues qué os admira: mas pasa, quién dijera. ¡Oh, Dios! ¿Pues quién puede entre tanta estrechez de amar romper el lazo? ¿Quién entre obligación tan precisa y reconocida, aun de los tigres, dispensar el respeto? ¿Quién entre sangre tan una, dividir los corazones? ¿Y quién entre dos mugeres, que se llaman cristianas, hizo olvidar así la ley de Dios por un escándalo tan público? El interés, el interés que no tiene mas parentesco que el dinero. *Nescit propinquitatis jura cupiditas, sed propria utilitas hæc frater est,* dijo Tertuliano. (Tert. *Adv. Gnost.*) El caso es, que sus maridos, ó por un pleito que siguen, ó por una herencia que pretenden, ó por una cuenta que no ajustan, ó por no sé que deudas que entrapan, andan entre sí desavenidos, y perdido por el interes el respeto al mundo y á Dios: cerrando los ojos á lo justo, abren las puertas al escándalo, y les han mandado que ni se hablen, ni se comuniquen, ni aun se saluden. ¿Y se ha de guardar esta ley de un marido rústico, y se ha de atropellar la ley de Dios? ¿Cómo se confiesa esta gente? ¿Cómo comulga? Si en una misma reja de comulgar, concurren juntas, ni aun se miran, lo que yo sé es, que el Concilio IV Cartaginense, (*Can. 93 D. 90. cap. oblat.*) prohíbe que se admitan en el Altar las ofrendas de los que así en lo público, mostrándose enemigos, no se saludan. El Con-

cilio XI. Toledano, (*Can. 4.*) manda que á estos se les niegue la Santísima Comunión. El Concilio Agatense, dispone que como miembros podridos, los aparte de sí la Iglesia con sentencia de Excomunion. (*Can. 31. D. 90. c. plac.*) Y acá vemos que siendo el escándalo tan notorio, dura el odio hasta las mismas Aras de la clemencia, y comulgan juntos los que tienen los corazones tan divididos. ¡Oh, Santo Dios! No niego que el saludar una persona á otra no es parte del todo necesaria al verdadero amor que hoy nos intima Nuestro Señor Jesucristo; pero si el negar las salutaciones es entre personas, en que por algun especial título, ó de parentesco, ó de obediencia, ó de pública amistad que antes habia, se hecha menos la cortesía, ¿quién evitará el escándalo, y por consiguiente la culpa? ¿Y todavía comulgan estos? ¿Cómo se confiesan? vuelvo á preguntar.

Pero aun son mas frívolas las excusas con que, por no confesar el interes, quieren dorar la enemistad: «Que no me dió parte de su funcion ó de su boda, antes que á los demas.» ¡Y por ese puntillo tan vano se toma sobre el alma todo un monte de culpas!

Vence Gedeon al Madianita, y cuando las tribus todas de Israel celebraban la victoria en festivos aplausos, he aquí que la tribu sola de Efrain levanta amargas quejas, que faltó poco para convertirse el aplauso en la batalla mas sangrienta: *Jurgantes fortiter, et propé vim inferentes.* (*Judic. c. 8.*) Y toda la querella se fundaba en que no los llamó Gedeon á la batalla: *Quid est hoc, quod facere voluisti, ut nos non vocares cum ad pugnam pergeres contra Madiam?* ¡Pues válgame Dios! ¿Por qué ha de ser sola la tribu de Efrain la que

tan ofendida se queja? Callan las demas y esta sola hace sentimiento? Sí: eran los de Efrain los mas cercanos parientes de Gedeon, que era de la tribu de Manasés, ambas descendientes de Joseph, y fúndabase el sentimiento en el mas cercano parentesco. Fineza de amor parece, que tanto sientan no haber entrado con sus parientes en la batalla. ¡Parientes que se ofenden de que no los llamen en el aprieto, nobles parientes por cierto! así parece, dijo el Abulense; pero no es queja esa, sino dolor de no tener parte en los despojos: es sentimiento de ver que los de Manasés se les aventajan, y por eso cuando todos aplauden, los mas parientes son los que turban el regocijo de la victoria. Es cierto, y consta del Texto del capítulo antecedente, que los habia convidado Gedeon para la batalla: ¿pues cómo se quejan de que no los llamó? Porque los llamó con todas las demas tribus, y queria su soberbia que el convidarlos á ellos fuese con muy especial ceremonia: *Putabant*, dice el Abulense, *se contemni, si non observarentur eis multae ceremoniae honoris*. ¡Ah, cuántas que parecen finezas de amor, son dorados pretestos de la mas villana ruindad, y con un puntillo que alegan para el sentimiento, ocultan venenosas puntas de solapados odios! ¿Qué murmuró, qué habló, qué dijo? ¿Y por ese chisme de una criada, por ese cuento de un hombre ruin, ó un lacayo, se hañ de estar ardiendo dos casas? ¿Y lo ha de saber, y lo ha de murmurar, y lo ha de reir toda la República? Que casó la otra, ó el otro á disgusto mio y deshonor de su linage. Quizá no es tan en deshonor, como lo finge vuestra soberbia; mas pregunto: ¿Por que no le habéis, ni lo veáis, deja él de ser vuestro pariente, ó vuestro hijo? No. ¿Se des-

hace por eso el casamiento? Menos. ¡Pues pa-decer por aquel casamiento la deshonor, y perder por ese odio el alma? ¿Honra y alma perdidas? ¡Oh Dios! ¿Qué necedad mayor que querer remediar una pérdida con otra pérdida, y perder el alma? ¿Por qué os parece que se perdió la honra? Los bárbaros, nos dice hoy Jesucristo, la gente sin Dios, los gentiles, comunican y saludan á sus parientes: *Si salutaveritis fratres, vestros tantum, nonné, et ethnici hoc faciunt?* ¡Oh, Señor! Y si aun esto hacen vuestros cristianos, ¿qué diremos? pues hacen punto de honra lo que aun los mismos gentiles miran como infamia.

Fácil prueba nos ofrecen difíciles palabras del segundo del Paralympomenon: *Congregati sunt contra Israel filii Moab, et filii Ammom, et cum eis de Ammonitis (2. Paralymp. c. 10.)* No es menester mas que leerlas para que todos al punto conozcan su dificultad. Dice que se coligaron en armas contra los Israelitas los hijos de Moab y los hijos de Amón; y con estos algunos Amonitas. ¡Hay tales palabras! ¿Los hijos de Amón, y algunos Amonitas? Es lo mismo que si dijera: se juntaron los de Roma, y con ellos algunos Romanos: los de España, y con ellos algunos Españoles. ¡Pues para qué es esta repetición tan ociosa? No lo es, dice San Gerónimo, porque esos que llama Amonitas, no lo eran en la Nación, por eso no los llama hijos de Amón: eran Amonitas solo en el trage, porque esos eran Iduméos. Basta la autoridad de tanto padre para sacarnos de esta duda; pero aun queda otra: porque si son Iduméos, ¿por qué se han de llamar Amonitas? *Et cum eis de Ammonitis*. Es el caso, dice San Gerónimo, que la guerra se hacia contra los de Israel, contra los hijos